

## ENTRE HACIENDAS Y CORTIJOS

*Tomás Alfaro Suárez*

*Maestro en el IES Rodrigo Caro e Ingeniero Técnico Agrícola*

*Campo, campo, campo.  
Entre los olivos,  
los cortijos blancos.*

*Antonio Machado*

Hace algunos años, siglos, el río Betis desembocaba en el mar de Coria. Sus dos orillas la conformaban la Cornisa del Aljarafe en sus cabezos finales, los cerros de Cantalobos y San Juan, en Coria, y el cerro sobre el que hoy se asienta la Puebla del Río, en su margen derecha. Por la izquierda sus costas eran las últimas estribaciones de la Cornisa de los Alcores, formadas por las actuales dehesas de la Atalaya y la Casajera; después la mar.

Luego se formó la Marisma, que hoy son los arrozales y zonas de cultivos de las distintas islas en que se dividía el cauce del río: Isla Mayor, Isla Menor, Isla Mínima, la Isleta...

El estuario de nuestro río se ha ido haciendo a lo largo de los dos últimos milenios con los sedimentos que sus aguas arrastran en época de lluvias. La ingeniería se encargó de hacerlo navegable, eso sí, sin poder contemplar la Torre de los Cerveros, ya que a finales del siglo XVIII, la corta de la Merlina, a la altura de Villa Pepita en Coria, se encargó de acortar las distancias a la desembocadura del Guadalquivir.

Por eso en Coria se dan la mano las dehesas y las marismas, los montes y el agua, dos ecosistemas que se complementan; los corianos siempre han sabido sacar lo mejor de la naturaleza en la que estamos enclavados. Y eso es lo que queremos hacer con estas breves líneas, recordar la existencia de esas familias, esos hombres y mujeres, que vivieron en estas tierras difíciles a lo largo de muchos siglos; aunque nosotros nos centraremos en los primeros años del siglo pasado.

## **La vida en la Dehesa la Atalaya**

Y mientras en la margen derecha del Guadalquivir se asentaba el casco urbano de Coria, en la margen izquierda, a lo largo de los caminos y veredas del otro lado, en unas seis mil hectáreas de terrenos fértiles de vega y marisma y otras miles de hectáreas de monte bajo, pertenecientes a los términos municipales de Coria del Río, Dos Hermanas y la Puebla del Río, vivían cientos de familias, muy humildes, la mayoría corianos.

La mayor concentración de estas familias estaba en las chozas de la dehesa la Atalaya, más conocida como “La jeza de Coria”, finca de propios de nuestro pueblo, otorgada al municipio por el rey castellano Alfonso X, el Sabio, en el siglo XIII.

Estas familias, compuestas por jornaleros agrícolas, mayoritariamente se empleaban en los cortijos de la zona dando la peonada en las diversas tareas agrícolas: siembra, poda, recolección, guardería. Sí no había trabajo, se dedicaban a la caza, a recoger espárragos o tagarninas, o a hacer carbón y cisco, un sin fin de tareas con las que ganarse la vida.

También solían tener algún pequeño huerto donde cultivaban verduras y algunos animales domésticos: gallinas, cerdos, cabras, borregas. Los “más pudientes” tenían carro y algún animal de carga.

Por semana iban a alguno de los núcleos urbanos cercanos: Coria, Dos Hermanas o el Barrio la Salud (Bellavista), para comprar lo necesario para la casa o enseres para su actividades en el campo, a veces, la forma de pago era el trueque de esas mercancías por carbón, cisco o por alguna liebre o perdiz cazada la tarde-noche anterior.

Todas las mañanas los hombres e hijos mayores salían a dar la peonada en las haciendas y cortijos cercanos: “Jaraquemá”, La Cascajera, Villamarta, la Hermandad, Tixe, Bastero, Borrego, El Sequero..., algunas jornadas se desarrollaban en la propia Dehesa la Atalaya. Las mujeres también participaban en estos trabajos, principalmente en las épocas de recolección, aunque muchas de ellas trabajaban en el campo todo el año.

No había colegio en la dehesa, los más afortunados asistieron a dar algunas clases en la finca cercana de la Hermandad, donde había un maestro. Otros aprendieron a leer con algún familiar o vecino. Manolo el Forestal enseñó a sus hijos y a algunos niños vecinos a leer y escribir en su propia casa. Todos los niños con 8 ó 9 años ayudaban a sus familias en las faenas del campo o guardando los animales.

## **Los habitantes de la dehesa**

Había en los terrenos de la dehesa unas 40 chozas repartidas en distintos hatos o marjales, los lugareños, a esos sitios cerca de las albinas, los llamaban “majá” que es como lo llamaremos nosotros (Majá Suárez, Majá las Vacas), también las había en algunos sitios estratégicos para el paso de personas y ganados.

El primer “majá” o poblado de chozas estaba alrededor de la actual casa del forestal, allí tenían sus chozas la Botona, Cachopo, Juanito Naní, José Joco, Elías, tiempo después puso una barca en el río en la bajera de Tobalina, Nicolás el de Joco, Pepillo el Cabestrero, el Guarda el Cojo, la Llorona, Fernando el Negro, Juanito Joco.

El segundo “majá” estaba situado más hacia la Cascajera compuesto por las siguientes chozas: Joselito el Limpio, Francisco el de Tomás el de Gracia, que se la compró a Rafael Lara, Antonio Lara, la Herrera, Joaquinito el de los Muchachos, Carrabo, el Frasco, Joaquinillo el Porquero, Gonzalo, Antonio Llano



*Foto de Manuel Rojas de una de las chozas de la Dehesa la Atalaya.1985.Varios años abandonadas.*

También alrededor de la Albina del Lancón (terrenos pegados al actual encauzamiento del río Guadaíra), había varias chozas: los Quintas, Román, Justo el de la Margarita, Gorofrío, Zampabollo, la Solana, Nazario y algunos otros que estuvieron más o menos tiempo.

Las chozas iban cambiando de dueños, todas eran muy humildes, pero allí bebieron, amaron, sufrieron, rieron y trabajaron durante años. Años de frío y lluvias, estíos con más de 40 grados a la sombra, cosechas buenas y muy malas, un poco de todo a lo largo de esos años.

A primero de los años 60 el Ayuntamiento construyó las casas de la Barriada de la Paz y a muchos de los vecinos de estas chozas le dieron una de esas viviendas para que mejorasen sus condiciones de vida, casi todos se vinieron a la primera, pero otros quisieron seguir pegados al terruño, e incluso cuentan la anécdota de Nazario, que dijo a los responsables municipales que él no podía venirse de allí porque quería seguir oyendo a los pájaros en la Albina, a sus pollos cantar al amanecer, ver a sus cabras ramonear o el croar de las ranas en las charcas cercanas. Salió del Consistorio con el compromiso de que él se vendría de allí cuando él quisiese.

Otra de las personas que “resistió” hasta el final fue Perico Ramón.

### **Perico Ramón**

*Niño, yo he vivido allí toda la vida, mi choza estaba en el pico con la Hermandad, al pie de la “Verea” de la Carne, por allí pasaba el ganado que venía de la parte de Los Palacios y Cádiz y que iba para Coria y Sevilla. (La “verea” que señala Pedro es la Cañada Real, la Vía Augusta romana, que unía Híspalis con Gades para todo tipo de transportes y que en estos años se utilizaba sólo para el transporte del ganado)*

*Muchas veces le cambiábamos nuestro ganado por el que traían, para mejorar nuestras pequeñas cabezas, sobre todo cabras y ovejas.*

*Aquí hemos criado a 8 hijos y cuando estaban en edad de trabajar salían a echar la peoná, como antes había salido yo con mi padre y mis hermanos. Todos los días íbamos a algunos de los cortijos de la zona, bien para verdear, desbaretar, regar, podar o cualquier otra actividad agrícola, aunque algunas veces hacíamos otras labores como por ejemplo hacer ladrillos corianos en algunos de los hornos de aquel lado del río.*

*A mí nunca me faltó una peoná, aunque en verdad echaba todos los días dos peoná, porque después de la que echaba en la calle tenía que dedicarme a lo mío. Esa era una de las ventajas de vivir allí, en el campo, las familias se mantenían con sus pequeños matos y sus animales domésticos.*

*La vida junto a una vía pecuaria tenía sus riesgos, ya que era tiempos de contrabando, estraperlo y robo de ganado, pero niño, allí había que vivir y era mejor no ver ni oír nada. Cosas de la vida como diría mi padre.*

*Se vivía muy bien, éramos felices. Ahora la luna no brilla tanto como entonces, en mi choza algunas noches era como si fuese de día, y a la luz de esa luna y con el rescoldo de la candela, en esas noches estrelladas, hablábamos de nuestras cosas.*

*Estábamos todos los días por aquellos cortijos, a la Hermandad íbamos por el agua, en las Encinillas rebuscábamos aceitunas, en la Corchuela hubo un campamento de presos después de la guerra y, además, había una iglesia, en Bujalmore cogíamos espárragos y había buena caza, esa era nuestra vida y entre talas, riegos e injertos, vivíamos, y aún hoy, echo de menos esos cerros y olivares.*

*Aún recuerdo los días de caza, entre perdices, liebres y conejos críe yo a mis 8 hijos, cazaba de todo: terreras, avefrías, ánsares, patos reales, tontillas, polluelas, zorzales, en fin de “to”, niño de “to”, porque vivir era difícil y había que ganarse el pan todos los días de sol a sol.*

*De la choza se encargaba mi mujer, empañetó las paredes con baretas y barro, era a dos aguas y teníamos dos habitaciones, en la primera, en medio, la candela, las cántaras, las aguaeras y la otra era el dormitorio; la cubierta era de lentisco. Nos lavábamos como los gatos, en un lebrillo o en una palangana.*

*También teníamos nuestros momentos de diversión y entretenimiento como la cruz de mayo o los momentos de charlas en las chozas-tabernas que había por allí.*

Perico Ramón es conocimiento exacto de la vida en la Dehesa y en los cortijos de la zona, siempre vivió allí. Hubo otros hombres y mujeres que hicieron lo mismo y que sólo los sacó de allí la llegada de la maquinaria.

### **Las fiestas en la dehesa**

Tenía la Dehesa su propia fiesta: la Cruz de Mayo. Allí se daban cita todos los vecinos del otro lado del río, también iban muchas gentes de Coria y de Dos Hermanas. La actuación estelar corría a cargo del saxofón de Antonio el Pintor. Su música sonaba entre los acebuches, lentiscos, retamas y jaras.

Una vez al año se llevaba en procesión, desde Coria, a la Virgen de Fátima a la Dehesa y se aprovechaba para que los niños tomasen la primera comunión, la fotografía nos muestra una de las últimas veces que este hecho se produjo.



*De izquierda a derecha Manuel el hijo del Forestal y Antonio el del Notario. Detrás de izquierda a derecha Manoli la del Mellizo, Dolores la del Notario y Esperanza prima de la primera.*

También participaban en la romería de Valme en la ermita del Cortijo de Cuarto y, por supuesto, muchos de ellos hacían la peregrinación al Rocío con la Hermandad de Coria.

Los largos días de lluvias los pasaban los lugareños en la chozas-bares de la Pontota y la Cachopa, en entretenidas tertulias con los amigos, vecinos y conocidos.

### **El camino real y los presos**

En los años 40 la tranquila vida de la Dehesa y de los cortijos de la zona estuvo marcada por la presencia en la Corchuela del campamento de los presos de la guerra del 36, estaban haciendo lo que hoy conocemos por el Canal del Bajo Guadalquivir o, popularmente conocido desde entonces como: el Canal de los Presos; y que lleva el agua de riego a los términos municipales de Utrera, Los Palacios, Lebrija y a los terrenos de la marisma del curso bajo de río.

Por las mañanas salían de la Corchuela hacia el canal y volvían al sol puesto. Muchas de las mujeres de estos presos, cuando iban a verlos, se quedaban a dormir en algunas de las chozas de la dehesa. La mayoría de las veces no les dejaban ver a sus familiares.

La guerra trajo hambre y miseria, aunque en el quehacer de estos hombres y mujeres poco influyó la presencia de estos presos, a pesar de que el trasiego era constante a lo largo de la Cañada Real.

### **Melonares**

En marzo se empezaban a preparar las tierras para la siembra de los cultivos de verano y la Vega de Coria era un frenesí, en aquellos días de gentes y bestias para sembrar a tiempo los barbechos de aquel verano. Una parte importante de esos barbechos eran aprovechados con la siembra de melones.



*La foto recoge a vecinos de la dehesa en la cosecha de 1960 ó 61. De pie, de izquierda a derecha, Manuel Gómez el Guarda Forestal, Pastora la de Lledó, Dolores Cabrera, mujer del Forestal, Antonía la del mellizo, Pepi la del guarda, Antonio el del Forestal, Antonía la del guarda, Párraga, un trabajador contratado. Encima del caballo, Rosario y Dolores hijas del forestal. Agachados están Manuela la del Mellizo y Manuel y Juan hijos del Forestal.*

En la mayoría de los casos “los pelentrines” corianos dejaban sus tierras a algunos jornaleros para la siembra de melones. En esta simbiosis el dueño se llevaba la buena labor hecha a sus tierras para la próxima cosecha de cereal en el siguiente otoño.

La vega se llenaba de sombrajos tras la siembra en abril y el melonero comenzaba a hacer las faenas típicas de este cultivo y poco a poco iban apareciendo por allí el resto de la familia con todos los enseres para pasar las calores veraniegas prácticamente al raso, además, casi todos traían un par de pequeños cerdos que iban engordando con los reculos de los melones, los podridos y los desperdicios que generaba la propia familia y cuando acababa la temporada habían engordado algunas arrobas y se acercaban al esperado San Martín.

Estos melones eran para consumo interno, pero la mayor parte eran transportados en barco a los mercados de Sevilla. En el recuerdo de muchos está Pilato, sin duda uno de los mejores meloneros de la Vega de Coria.

Paralelamente a esta actividad agrícola también se sembraba un nuevo cultivo en las marismas cercanas: el arroz. Habían llegado los primeros emigrantes valencianos a la “albufera” del Guadalquivir y, los terrenos de pastoreo, se convirtieron en amplias llanuras para el cultivo del nuevo cereal. El arroz se adaptó muy bien al salitroso suelo marismeño.

### **La Boyá**

Recuerda Pepe el Cabestrero aquellos años con una sonrisa en la cara, son pensamientos que le llevan a su padre, a su abuelo, a sus correrías de niño y de zagal por los amplios campos de la dehesa guiando a la Boyá. Posteriormente este fue su trabajo.



*Esta foto está hecha en la finca de Manolo José de Diego, que es el primero de la izquierda, junto a él los vaqueros que trabajaban en la Boyá. Están Manolo Japón, Miguel Lora, Francisco Muñoz y Pepe Cabestrero, responsable de la Boyá.*

Había años que en la dehesa pastaban más de quinientas vacas españolas, de raza retinta, animales con una cornamenta notable; a veces, también llevaban vacas bravas. Estos animales pasaban el invierno en los montes bajos de la dehesa junto a las yeguas, cerdos y alguna que otra cabra y oveja; el verano lo pasaban en los rastros del cereal de la Vega. La Boyá estaba formada por las vacas de los pequeños ganaderos de Coria.

Los animales barruntaban cuando era el cambio de estación e imponían su ley y, los vaqueros, tenían que estar muy atentos porque el ganado cogía el camino del río a abreviar con las primeras calores o se perdían en los montes en cuanto presentían una tormenta con más agua de lo normal.

Como hemos dicho había también un número importante de yeguas, unas 60 y una piara de cerdos, muchos de ellos de Paco el Carbonero, Joaquín el Porquero los llevaba de aquí para allá, algunos eran de las mismas familias que habitaban en la dehesa.

El número de ganaderos que tenían sus vacas en la dehesa dependía de la climatología, pero no era nunca menor de 50, generalmente el que más tenía era el Mellizo el Risueño. Estas familias corianas le daban sentido al origen del otorgamiento del rey Alfonso X, a los habitantes corianos de las dehesas de la Atalaya y la Casajera para el aprovechamiento de los pastos.

En la época estival las vacas venían a beber al río y lo hacían en la bajera que había junto a la venta de Tobalina, otras veces utilizaban terrenos bajos a lo largo de la orilla del río. El sesteo y la noche la pasaban en dos cercados que había en las tierras de Manolo José el de Diego. La “polvarea” que levantaba la Boyá se veía desde cualquier punto de la Vega y era un espectáculo verla beber en el río desde el Paseo Carlos de Mesa.

Como hemos dicho el invierno lo pasaban las vacas en la dehesa, 800 hectáreas de pastos, monte bajo y acebuches con lo que pasar el invierno, en el mes de enero se podaba, con permiso del Distrito Forestal (después se llamó el Irida, el Iara), los acebuches, con estos restos de poda, el ramón, pasaba el ganado varios meses donde escaseaban los pastos, esperando la llegada de la primavera y la vuelta a los rastrojos de la Vega.

### **Años 60**

Pero en los campos corianos, y de su influencia, vivían muchas más familias corianas, en unas condiciones muy duras, con escasa alimentación, hacinados en pequeños cuartos, cobertizos o cuadras, trabajando de sol a sol, en cortijos de medianas o grandes extensiones.



*En la era con el cereal, es Manolo José de Diego con algunos de sus nietos.*

Pero a partir de los años 60, segunda mitad del siglo XX, algo cambia, para bien, en el campo andaluz, en el campo coriano, llega la maquinaria. Nuevos vehículos con mejores y más potentes “caballos”. Y, se hacen sitio rápidamente, en las labores agrícolas.

Los tractores, arados, cosechadora..., sustituyen a las yuntas, trillos, eras... Y el campo se transforma y comienza el éxodo a las ciudades.

Y en el recuerdo quedan: la venta Tobalina, Román con su caja, su aguardiente y su coñac en la esquinita del Pote, Chaparreja y Cachopo en el camino de la Isla Menor o la polvareda que levantaba la Boyá cambiando de pastos, las chozas de la Albina y el recuerdo de los presos del Canal.

El campo sigue ahí, duro, pero distinto. Los hombres ganaron bienestar, pero algo se quedó allí para siempre ¿los recuerdos? Se quedó algo más.

*Nuestro agradecimiento a las personas que aún recuerdan como eran los campos de Coria hace 60 ó 70 años: a Pepe el Cabestrero (José González Romero), a Manuel Gómez Cabrera, el hijo del Forestal, por los datos aportados y el material fotográfico, a Juan Manuel Bizcocho, el Limpio, a Angeles Japón y Pepita Suárez, a Perico Ramón, a José Suárez, Pepe Sin Barba, y a todos aquellos que de una u otra forma han colaborado con sus charlas y sus recuerdos a la elaboración de este escrito.*